

Finalmente, el día 24 de Setiembre y despues de reunir con esmero nuestras nuevas colecciones, salimos de la grande ciudad tátara, pero el tiempo habia cambiado completamente. Mientras duró el viaje, nos inundaron las olas de una lluvia violenta. El camino se dirige poco á poco hácia el Este, cortando la base de las últimas pendientes septentrionales de las montañas, y hasta Theodosia solo hay las dos paradas de Burundutshai y Krenitshka. La llanura quedó muy luego convertida en un lodazal líquido, en el que no era posible ir adelante. Nuestra primera intencion fué detenernos algunas horas en el pueblo de Eski-Krim ó Viejo-Krim: nombre que se da hoy á las ruinas de una ciudad muy estensa, que segun opiniones, fué en otro tiempo la capital de la península; mas con ese verdadero diluvio que caía sobre el pais, ningun partido hubiéramos sacado de la visita entre escombros inundados y sendas impracticables. Dejamos, para volver mas adelante, ese sitio en otro tiempo floreciente y hoy abandonado; y despues de tomar nuevos caballos, en una parada bien provista, nos apresuramos á buscar un asilo en las murallas de Theodosia.

En pocas horas alcanzamos ese puerto; una rápida bajada nos llevó desde lo mas alto del páramo

á la playa en que está la linda ciudad, igualmente conocida con los dos nombres de Theodosia y de Kaffa; el uno es una voz del griego antiguo, y el otro está sacado del lenguaje turco. Despues de pasar una torre cuadrada, todavía imponente, y los restos de un antiguo fuerte que dominaba la playa, hallamos un paseo triste, plantaciones de árboles ruines, y en seguida una calle empedrada, con elegantes pórticos, casas pintadas y de arquitectura poco comun en esos paises. Por ese resto de fisonomía, grabado aún en todas las piedras, reconocimos que la memoria de los poderosos señores de Theodosia, los genoveses de otros tiempos, vivia toda entera en ese pueblo.

Una calle que se prolonga paralelamente á la mar, es de todo punto italiana, y tiene á los lados una serie de arcos como los de Bolonia. Subiendo las calles perpendiculares, cualquiera reconoce una ciudad rusa, si se va uno mas arriba, se encuentran los arrabales tátaros: mas la ciudad, propiamente dicha, la que trabaja, que se agita, es una ciudad genovesa.

Es preciso convenir, sin embargo, en que nuestro malestar, hijo de esa lluvia helada, y de ese viento del Norte que penetraba nuestros miembros, malogró un poco esos recuerdos históricos. Feliz-

mente encontramos el saludable abrigo de la fonda de Constantinopla. Una viuda alemana nos hizo los honores de esta confortable casa, en donde olvidamos todas nuestras fatigas al dulce amor de una estufa inmensa, que calienta cuatro estancias á un tiempo mismo.

Estábamos por fin en Theodosia, ciudad que ocupa un terreno en forma de media luna, se eleva gradualmente, mira hácia el Oriente y domina una rada muy espaciosa. Los vientos de Este y Sudeste, son los únicos temibles para los buques mercantes que anclan delante de la ciudad. El fondo de la mar es bastante sólido para que el anclaje sea seguro.

La historia de esta ciudad célebre en Crimea sería la de la península entera, porque Theodosia resume todas las fases de grandeza y de decadencia de esta antigua tierra. En este momento no debemos ocuparnos sino de su estado actual; pues nuestras escursiones fueron bastante fructíferas, para que podamos trasladar hasta los mas mínimos recuerdos que nuestras observaciones nos dejaron. Si queremos dar la última mano al retrato de esta ciudad, cuyos principales rasgos hemos bosquejado, fuerza es decir que con sus tres cuarteles, que tienen carácter tan distinto, Theodosia está lejos de

ocupar su antiguo recinto genoves, y hoy se estiene con mucha holgura sobre un terreno que coge apenas la mitad del espacio en que en otro tiempo se apretaba dentro de la circunferencia de sus muros. La hermosa calle italiana que hemos mentado, está poblada de crecido número de tiendas, en las cuales venden los judíos karaims y los armenios. Todos ellos son bien educados y tienen aire de respetables mercaderes. Los pisos superiores de las casas de esa calle, que rigurosamente hablando, es la grande calle de Theodosia, parecen morada exclusiva de empleados y autoridades.

La poblacion griega, que es muy numerosa, ocupa la parte central y habita en casas modernas que no carecen de elegancia. Cada familia vive separadamente, y casi todas las casas tienen jardin. Lo que mas admira al observador en esa crecida poblacion griega es, la belleza de las mujeres, pues podrian citarse muchas familias, en las cuales se han perpetuado las severas perfecciones del tipo griego antiguo, embellecidas todavía por no sé qué espresion de viveza y gracia, tomada al parecer de alguna grande ciudad de Occidente. Si tambien hay tátares entre los habitantes de Theodosia, cualquiera conoce que no son los amos, y que traídos á esas viejas murallas por las exigencias del comercio, han sa-

crificado sus hábitos. El arrabal que habitan no conserva rasgo alguno de la fisonomía particular de los pueblos tátaros. Las paredes de tierra y rastrojo que componen sus habitaciones, han venido á colocarse en una alineacion inusitada que las hace desconocidas.

Encima de ese campamento, tan admirado por su regularidad, no se encuentra subiendo la montaña sino un grande número de molinos de madera con ocho aspas. Su mecanismo está encerrado en tan pequeño espacio que toda la construcción se halla reducida á dimensiones, en cierto modo portátiles. Todas esas colinas, que se elevan en circo encima de Theodosia, no producen siquiera un arbusto.

También viven en esa ciudad considerable número de tátaros nogais, llevados allí por su habitual industria de los carros, y no tienen mas habitación que sus madgiars, cerca de los cuales rumian sus enormes dromedarios. Los armenios ocupan muchos khans considerables, en los cuales moran, encima de los almacenes ricamente provistos.

Van á parar perpendicularmente á la calle italiana dos plazas inmensas, paralelas, y separadas por una línea de casas. En la plaza mas al Sud, se

celebra el mercado de Theodosia, y en ella, y en medio de una muchedumbre bulliciosa, se presentan los frutos mas variados y los peces mas abundantes. Allí se encuentran esos magníficos y fle-máticos rostros de los alemanes que tan fácilmente se conocen, y que desde los alrededores de Karasu-Bazar traen sus productos, cuyo consumo se ha hecho necesario para toda grande ciudad de la Rusia meridional.

Al pié de las montañas, entre el Zuia y el Karasu, hubiéramos podido ver, á la derecha del camino de Sympheropol, tres establecimientos considerables que recuerdan las márgenes del Rhin. Esas tres colonias, que comprenden mas de ochocientos habitantes, todos labradores, son Neusatz, Friedenthal, y Rosenthal. Esos alemanes son notables, sobre todo, por el buen partido que sacan de la lechería y de las harinas; á ellos únicamente es á quienes la vida delicada de las ciudades ha de pedir todos esos apetitosos accesorios que acompañan al té en las casas de regulares comodidades.

Muy cerca de ese vasto mercado hay otra plaza, de que hablaremos luego, y que está vacía y sumergida en silencio. No hace mucho tiempo que en su recinto hoy arrasado, contenia la mas hermosa mezquita de Theodosia y sus baños mas suntuosos. Era

la mezquita una copia exacta de santa Sofia de Constantinopla, y por lo mismo Theodosia se ha llamado, durante mucho tiempo, *la Constantinopla de la Crimea*. Los baños estaban revestidos de mármol por la parte interior de sus vastas piscinas. Todo ese hacinamiento de ricas piedras ha desaparecido y lo reemplazan algunos restos tristemente amontonados en esa plaza; y al nivel del suelo el ojo puede seguir en los cimientos enterrados, el plano de los edificios que se han venido á tierra. De pronto se trató de conservar lo que quedaba, y aun se habian hecho en ambos monumentos algunos gastos de composicion y restauracion; mas luego, habiendo venido un invierno terrible para los pobres que no tenian trabajo, se les destinó á allanar esa plaza, y entonces los hermosos baños y la rica mezquita, fueron borrados del suelo: los tátaros destruyeron la santa Sofia de la Crimea. Sus pilastras de mármol, incrustadas de arabescos, sirven hoy de tarima á alguna taberna italiana de la vecindad, en donde los marineros de Génova ó de Ragusa vienen á emborracharse con vino extranjero, cantando sus melodías nacionales.

En esta borrada ciudad todo ha variado de destino: la mayor parte de las mezquitas son iglesias consagradas á diferentes cultos, y algunas han si-

do profanadas para usos domésticos. La hermosa iglesia católica armenia de hoy, era una vasta mezquita, y su cruz dorada descuella sobre la elegante cúpula de medio punto: el minarete aislado que vuela altísimo hácia los aires, ha perdido su corona, y en el lugar de su punta se ve un aparato de campanas abrigado por un ligero techo de cobre verde. El museo de Theodosia está en otra mezquita, y es un interesante establecimiento de que en estas páginas haremos mencion, aunque por desgracia compendiosa. Hemos delineado el bosquejo de la ciudad, que sin encontrarse de modo alguno en apretura, está contenida en los antiguos límites trazados por los genoveses. Hácia el cabo del Sur se encuentran los considerables restos de una fortificacion tan vasta como la ciudad misma. La ciudadela construida por los genoveses, dominaba á la vez desde ese elevado punto, la ciudad y la bahía. Entre los compartimientos sin número que subsisten en pié en la pendiente de esas colinas, la ciudad nueva ha encontrado el local de un vasto lazareto, cuya disposicion es tan suntuosa como está bien entendida. Entre algunos árboles se han hecho estancias aéreas y convenientemente aisladas, y la vista del mar, de que pueden gozar los reclusos, endulza un poco el enojo del cautiverio. Cuando

desde lo alto de la colina se contempla ese hermoso establecimiento sanitario, los objetos que desde luego hieren la vista son espaciosos almacenes, muchas salas para purificar las mercancías, un cuartel separado para los infelices atacados del contagio, y al fin un pequeño cementerio adonde han venido á acabar algunos de los que pasaron esa puerta con la esperanza de salir por ella. Habrémos terminado la descripción de Theodosia, ciudad querida de los dioses, como la llamaban los griegos antiguos, cuando hayamos dicho una palabra de sus vastos cuarteles guarnecidos de galerías cubiertas, en donde el soldado se halla al abrigo de la intemperie. Hay también un jardín público, mas no tan público que su verja no estuviese siempre cerrada. Nuestros queridos baños turcos son en número crecido, y concurrimos á ellos, pero nos horrorizamos al descubrir entre la oscuridad de la estancia y como único bañista, un pobre diablo, cuyos ojos estaban atacados por la terrible oftalmia egipcia. Para borrar el fatal efecto de tan triste objeto, vámonos no lejos de allí hácia el mas risueño barrio de la ciudad. Es propiedad del comerciante genoves Sr. Amoretti, una hermosa y correcta casa que por unanimidad fué escogida para vivienda del emperador en su próxima llegada. La falta de noticias

del Oeste de la Crimea hacia que en Theodosia todo el mundo estuviera en la mayor incertidumbre acerca de la época de esta visita. De todos modos, la casa del Sr. Amoretti estaba dispuesta: un completo mueblaje, para el cual todos habian enviado sus mas estimadas riquezas, decoraba dignamente los salones notables por frescos, quizás harto prodigados. El emperador podia llegar, y la ciudad inquieta solo aguardaba el humo del buque de vapor para precipitarse hácia la playa á victorear á su soberano.

Esta ciudad cuenta hoy cuatro mil quinientos habitantes, y los restos de su antiguo y prodigioso esplendor consisten en una iglesia griega, una mezquita, una iglesia católica armenia, una sinagoga para los karaims y otra para los rabinistas, y algunas lindas fuentes. La continuacion de este relato dará á conocer lo que le falta.

Ante todo diremos cómo empleamos nuestra permanencia en Theodosia, refiriendo luego el fin de nuestra escursión en el histórico suelo de la Táurida.